

EL SEÑOR DE LOS AMIGOS

Voz en off: En el cielo, una plácida mañana de primavera. Todo es paz y tranquilidad, por eso es el Paraíso. Y como sabéis... el cielo está lleno de amigos... Hoy vamos a conocer a uno especial a uno que tuvo muchos amigos.... amigos... amigos....

*Nueve amigos para aprender a frenar las peleas sin dar ni un golpe
Siete amigos para construir un sitio con mucha alegría
Tres amigos para trabajar en la calle con los más pobres
Y un Amigo para quererlos a todos*

Un balón cruza la escena a media altura y de bastidor a bastidor. Cuando se pierde de la vista del espectador se oye un ruido atronador de cristales que se rompen o cacharros que se caen. Al momento una voz más estruendosa pero “divina” grita.

Dios (enfadado y gritando): ¡¡Dooooon Boooscoooo!!! ¡Ven aquí inmediatamente!

Aparece Don Bosco en escena con la sotana remangada y luciendo los pantalones. Lleva algo que indique que está jugando a fútbol. Aparece también Dios con cara de pocos amigos y el balón en la mano.

Juan (cansado y casi sin voz): Buenos días, Dios. Verás es que estamos jugando y, como no hay mucho espacio, hemos venido a tu jardín a echar un partido y...

Dios: ¡Claro! Te empeñas en llenar el cielo de jóvenes y luego además quieres que estén todo el día jugando... No sé, no sé...

Juan: Pero si fuiste tú el que me encargó que trajera aquí a todos los jóvenes.

Dios: Claro que sí, ya sé yo muy bien que fui yo el que te encargué esa tarea, pero para que los educaras, no para que rompieran todo.

Juan: Pero hombre, Dios, con lo bueno que tú eres. ¿No podrías hacer la vista gorda? Es que son mis amigos...

Dios: A mí me lo vas a decir. Pero si en toda tu vida no has hecho otra cosa más que ganarte amigos... Mira, tu vida la podríamos resumir en un acertijo que te voy a proponer... (Dios saca de su “divina túnica” un “divino papel” en el que con “divinas letras” está escrito el “divino acertijo” y se lo da a Juan)

Juan: ¡¡Un acertijo!! Madre mía, ¿no será difícil? Vamos a leerlo. (Impaciente y con misterio abre el “divino papel” y lee en voz alta el “divino acertijo”)

*Nueve amigos para aprender a frenar las peleas sin dar ni un golpe
Siete amigos para construir un sitio con mucha alegría
Tres amigos para trabajar en la calle con los más pobres
Y un Amigo para quererlos a todos*

(Después de leerlo, lo dobla y lo guarda en un bolsillo y le pregunta a Dios) ¿Qué quiere decir esto? No entiendo nada.

Dios: Don Bosco, amigo mío, ¡a su tiempo lo entenderás todo!

Juan: No otra vez no. Que eso ya me lo dijeron cuando tenía nueve años en un sueño que tuve. Lo recuerdo como si fuera ayer.

Dios: Yo también lo recuerdo. Fue cuando eras pequeño. Vivías en I Becchi, un pueblecito del norte de Italia, donde habías nacido. Tenías, como bien dices, nueve años y te lo dije a través de un sueño. Te lo voy a mostrar.

Juan y Dios se retiran a un lado del escenario. Mientras se retiran, por el otro lado se acercan nueve jóvenes. Cinco por un lado y cuatro por otro. Y empiezan a hablar.

Chico 1: ¿Qué pasa pringaus, de dónde venís?

Chico 2: De matar gallinas en el corral del cura.

Chico 3: Jo, pues como os pillen, la llevais buena.

Chico 4: Anda ya. El cura no nos pillan, ¿no ves que es un viejo?

Chico 5: Bueno, vale de aventuras de críos, y vamos a hacer algo pa pasar la tarde.

Chico 6: Ahí va diez, el gallito. Aquí mandando a la peña lo que tiene que hacer. ¿Pero de qué vas? ¿De jefecillo de la banda?

Chico 5: Anda bájate que te caes. A ver si resulta que quieres ser tú el jefe de la banda.

Chico 6: Pues no es que lo quiera ser, pringau. Es que lo soy. ¿A que sí?

Chico 7: A que no. ¡Aquí el único jefe soy yo!

Todos: ¿Túúúúúúúú? Aquí va a haber tortas. (Empieza la batalla campal)

(Entra Juanito con ánimo de que terminen de pelearse. Pero lo hace a puñetazos, empujones y tortas y gritando. De repente entra un mendigo y los que pelean se quedan quietos, como si fueran estatuas. Sólo se mueve Juanito cuando el mendigo le habla)

Mendigo: Juan, Juan. ¿Qué haces? Así no te ganarás amigos.

Juanito: ¡Anda! ¿Tú quién eres? A ver, ¿de dónde sales y por qué sabes mi nombre?

Mendigo: Pues salgo de aquí mismo, de la calle. Soy un mendigo y conozco a todos los que soléis andar por aquí. Incluso a estos gamberros.

Juanito: ¡¡Pues podías ayudarme a separarles!! Porque menuda peleíta han montado en cuatro segundos.

Mendigo: A eso vengo precisamente. A ayudarte. Por que ya he visto de qué manera pretendes tú separarles.

Juanito: Anda. ¿Pues cómo quieres que les separe entonces?

Mendigo: No con golpes, sino con amor. Así sí que conseguirás que no se peleen, que se hagan tus amigos y que sean buenas personas. Imagina cómo podrían ser de felices.

(Los que se peleaban comienzan a hacer las paces y se sientan juntos)

Juanito (aturdido y espantado): ¿Pero tú sueñas o qué? No ves que sólo soy un pobre muchacho, un ignorante. ¿Quién te has creído tú que eres para mandarme estas cosas imposibles?

Mendigo: Pues soy un amigo tuyo que te quiere ayudar. Ya sé que parece imposible. Por eso debes crecer y aprender mucho. Para que todo esto sea posible. ¡Venga, aquí te dejo para que resuelvas tu pelea! Yo me voy a visitar a mi madre.

Juanito: ¿Y cómo voy a aprender? Tú parece saber mucho. ¿Por qué no me ayudas?

Mendigo: En realidad, no es que yo sepa muchas cosas. Para estas cosas la que es buena maestra es mi madre. De ella sí que aprenderías mucho.

Juanito: Ya, pero ¿quién eres tú?

Mendigo: Ya te he dicho que un mendigo.

Juanito (llorando): Pues no entiendo nada. Explícame, háblame para que entienda todo esto que he visto. Bueno, si es que lo he visto, porque yo creo que lo he soñado.

Mendigo: A su tiempo lo entenderás todo.

Juanito se va una vez desaparecida la imagen. Dios y Juan comienzan inmediatamente el diálogo mientras se colocan delante del escenario, en el centro, para que se pueda cerrar el telón y, con el mínimo de ruido, se prepare la siguiente escena.

Dios: ¿Y te acuerdas qué pasó luego?

Juan: Pues que me desperté del sueño y me dolían la cara y las manos de los tortazos que había dado. Por la mañana conté lo que me había pasado durante el desayuno. Mi hermano José dijo que el mendigo ése me estaba engañando. Antonio dijo que yo llegaría a ser mendigo. Mi madre dijo que ¡Quién sabe si un día llegaría a ser cura!. La abuela fue la que terminó diciendo que a los sueños no hay que hacerles caso y que no hay que fiarse de los desconocidos. Y yo estaba de acuerdo con ella. Sin embargo, nunca pude olvidar ese sueño o lo que fuera.

Dios: Ya, muy interesante, pero ¿ves cómo en ese sueño no se dice nada de romper cristales?.

Juan: Pues no, la verdad.

Dios: ¿Y me podrías decir cuántos amigos hiciste ese día?

Juan: Aver...en una banda había cinco. En la otra cuatro.... Pues... ¡nueve amigos! (De repente se da cuenta) ¡¡Claro, nueve amigos!! ¡¡El acertijo!! (Saca rápido el papel y lo lee entusiasmado): ¡¡ Nueve amigos para aprender a frenar las peleas sin dar ni un golpe!!

Dios: Je, je... Vamos bien, Don Bosco, vamos bien. Así que el mendigo te dijo que crecieras y que estudiaras.

Juan: Tienes razón, Dios, me dijo que estudiara mucho y que me acercara a los jóvenes con cariño. Así que me fui a estudiar a Chieri *(se empieza a abrir el telón y en el centro del escenario hay siete jóvenes aburridos pasándose una pelota)* Como era un pueblo lleno de chavales aburridos me propuse ayudarles. La cosa empezó así *(se retiran a un lado y entra Juanito)*:

Juanito adolescente: (*Se acerca a los chavales*). ¿Qué haceis, por qué estáis ahí parados?

Chico 1: Es que nos aburrimos y no sabemos qué hacer.

Juanito adolescente: ¡Tengo una idea! (*Les quita la pelota*). ¡Venid conmigo y vereis qué bien lo pasamos!

Juan (a Dios): Nos íbamos por ahí a jugar al escondite, a la gallinita ciega... siempre sin descuidar los estudios. ¡Ah! Y al final siempre nos despedíamos con una oración.

Juanito adolescente: Antes de irnos vamos a hacer una pequeña oración.

Chico 2: ¡Qué pesado!

Juanito adolescente: Ya sabes que siempre debemos tener presente a Jesús en nuestros juegos. Así que o aceptamos las condiciones o lo dejamos y seguimos aburriéndonos.

Juan: Siempre había algún protestón. Pero a todos nos gustaba jugar y rezar. Sin embargo pronto me di cuenta de que nos hacía falta algo más.

Juanito adolescente: ¿A que os lo habeis pasado bien?

Chicos: Síííí

Juanito adolescente (eufórico): Pues para pasarlo así de bien todos los días formaremos una sociedad. ¡La Sociedad de la Alegría! Las normas para entrar en esa sociedad serán: ayudarse siempre, hacer los deberes, hablar bien, sin decir palabrotas y, sobre todo..... ¡Estar siempre alegres! (*Se van. Dios y Juan van al centro, delante*).

Dios: ¡Alegría! Claro que sí. Tú sí que sabías, y eso que todavía no eras cura. Y con muchos amigos. ¡Qué bien!

Juan: ¿Muchos amigos? En realidad sólo fueron siete. Empezamos con... (se da cuenta) ¡¡siete!! (*Se ríe*) Me parece que ya voy pillando por donde van los tiros del acertijo este. (*Lee*) ¡*Siete amigos para construir un sitio con mucha alegría!* Después tuve que estudiar mucho y durante mucho tiempo. Eso sí, sin olvidarme nunca de los jóvenes.

(*Entra el demonio*).

Juan: Hombre. Mi viejo amigo el demonio. ¿Qué haces tú aquí?

Demonio (irónico): Que me he enterado que en el cielo no tienes suficiente espacio para tus jóvenes y venía a decirte que en el infierno, como no hay ningún joven... tienes todo el espacio que quieras.

Juan: Ya. Con lo que yo luché en la tierra para que ninguno cayera en tus garras y ahora los voy a llevar allí. ¡Estás tú bueno!

Demonio: En fin. Siempre me ganaste y ahora tendré que volver a rendirme. Pero, dime, ¿cómo lo lograste? ¿Cómo consigues traer a todos los jóvenes al cielo?

Juan: Pues queriéndoles. Mira, todo empezó con el Oratorio. ¿Quieres saber cómo empezó el Oratorio?

(Dios y el Demonio se apartan al lugar de siempre. Juan se va a los bastidores para la siguiente escena. Entra el sacristán barriendo y entra Bartolomé y se queda en un rincón).

Sacristán (enfadado): ¡¡Hay que ver, día de la Inmaculada y la sacristía guarrísima!!
Estoy ya cansado de barrer. *Mira a un rincón y ve a un chiquillo. Se dirige a él con mucha mala leche.* ¡Oye, tú! Ven aquí a ayudar para la misa.

Garelli (asustado y avergonzado): No sé

Sacristán: Pues entonces largo de aquí, inútil. *Le persigue a escobazos mientras el chico corre. Don Bosco entra corriendo preocupado y asombrado por el comportamiento del sacristán.*

Juan (medio gritando y medio enfadado): Pero ¿qué hace usted? ¿Por qué le pega?

Sacristán: Si no sabe ayudar a misa ¿a qué viene aquí?

Juan: Ha hecho muy mal. Vaya a por el chico, que es amigo mío y tengo que hablar con él

(Sale el sacristán y vuelve con el chico asustadísimo. Se quedan Juan y Garelli. El sacristán hace mutis por el foro).

Juan (amablemente): Amigo, ¿cómo te llamas?

Garelli (tímido): Bartolomé Garelli

Juan: ¿De qué pueblo eres?

Garelli: De Asti

Juan: ¿Qué oficio tienes?

Garelli: Albañil, pero aquí soy nuevo y no me contrata nadie.

Juan: ¿Viven tus padres?

Garelli: No, soy huérfano

Juan: ¿Cuántos años tienes?

Garelli: Dieciséis

Juan: ¿Sabes leer y escribir?

Garelli: No

Juan: ¿Sabes cantar?

Garelli: No

Juan: ¿Sabes silbar?

Garelli (riendo): Sí, eso sí que sé.

Juan: ¿Y qué es lo que te preocupa?

Garelli: Pues que nadie me contrata porque soy un ignorante y como no voy mucho por la Iglesia nadie se fía de mí. Y paso de ir por la Iglesia porque ahí sólo van críos, y yo soy mayor y me da vergüenza.

Juan: ¿Vendrías si yo te ayudara?

Garelli: Si nadie me pega, sí.

Juan: Tranquilo, eres mi amigo y nadie te pegará aquí. ¿Quieres que empecemos ahora mismo?

Garelli: ¡Con mucho gusto!

Juan: Pues empezaremos rezando un Ave María y seguiremos la semana que viene. Pero no vuelvas solo. Ven con todos tus amigos. *(Se van. Dios y el demonio se acercan al centro y luego Juan).*

Dios: Hay que ver de qué manera más sencilla empezó todo.

Juan: Sí señor, con un Ave María, así de sencillo.

Demonio: Hay que ver, él con algo tan sencillo atrae a todos los jóvenes y yo, que me complico la existencia para llenar el infierno y que estén calentitos, no lo consigo.

Juan: Pues sí, amigos míos, sí, con un Ave María. Pero no siempre fue tan sencillo. Recuerdo que una vez fue más complicado convencer a un joven para que viniera al oratorio. Yo estaba de viaje y era una noche de niebla en una estación del tren.

(Juan se va hacia el centro de la escena y se empiezan a oír gritos de jóvenes)

Chico 1: (desde dentro) ¡¡Corre que viene la policía!!

Chico 2: (desde dentro) ¡¡Escondeos en la estación de tren!!

Miguel Magone: (desde dentro) Ya estoy harto de que nos zurren, yo me escondo aquí. *(Entra en la escena de repente y corriendo. Se choca con Don Bosco de frente. Don Bosco no le deja pasar)*

Juan: ¿Dónde vas chaval? Tranquilo

Miguel Magone: (enfadado) ¿Pero te quieres quitar de en medio? Me persigue la poli y sólo me faltaba que un cura chivato me agarrara y me entregara a esos.

Juan: Pues mira, no se me había ocurrido. (Lo agarra)

Policía: (desde dentro) ¿Hay alguien en la estación?

Juan: Sí, yo.

Policía: (desde dentro) ¿Y ha visto a algún joven pasar por aquí huyendo?

Juan: (Se calla. Magone le mira y él mira a Magone) ¡No, por aquí no ha pasado nadie!

Policía: (desde dentro) De acuerdo, gracias por su información. Perdona las molestias.

Magone: ¡¡Anda macho, esto sí que es un pasote!! Un cura que se queda atontau y no se chiva a la poli. ¿De qué vas? ¿De buena persona o qué?

Juan: No, simplemente que yo no entrego a la policía a ningún amigo mío.

Magone: Pero si no me conoces. Además no tienes pinta de ser de aquí.

Juan: Pues has acertado... Me llamo Juan y estoy de viaje. ¿Tú cómo te llamas?

Magone: Miguel Magone, pero me llaman el pintas.

Juan: Pues, amigo Miguel, ya va siendo hora de que te deje de perseguir la policía.

Magone: Ah, ya. Tú como tienes la tripa llena y trabajo fijo me puedes dar consejitos. Pero yo como trabajo con un contrato basura no puedo ni siquiera protestar porque me echan del curro y es el único sueldo que entra en casa. ¡Además, te echas a la calle a protestar y ya ves lo que pasa! Pides derechos y te mandan policía. Y como no tengo estudios no puedo aspirar a mucho más.

Juan: ¿Y si además de protestar te dedicaras a estudiar para que no te engañen en el contrato? Con un oficio que aprendieras podrías hasta conseguir un mejor trabajo y quizás un buen sueldo para ayudar a tu madre.

Magone: ¿Mi madre? ¿Cómo sabes que mi madre tiene problemas en casa?

Juan: Porque me has dicho que en casa sólo entra un sueldo, el tuyo. Y eso es lo que más te preocupa. Y a alguien que le preocupa eso es porque en casa hay alguien a quien quiere mucho y que además te quiere mucho.

Magone: Pues sí, es así.

Juan: ¿Y a tu madre le haría ilusión que tú estudiaras y tuvieras un trabajo mejor pagado?

Magone: Toma, pues claro. Pero no hay dinero para pagar estudios.

Juan: Bueno, eso no va a ser problema. Déjalo en mis manos.

(Magone se va y Juan se acerca a Dios y al Demonio para terminar de contarles lo que ocurrió)

Juan: Miguel Magone se vino a estudiar a Turín. Como tantos chicos de las calles (Silencio. Juan se queda pensativo) ¡Esos chicos de la calle de los que habla el acertijo! (Lo saca y lee) «Tres amigos para trabajar en la calle con los más pobres».

Dios: A ver, a ver. ¿Quiénes son esos tres amigos?

Juan: Eso está chupao. Bartolomé garelli, Miguel Magone y... y.... y....

Demonio: ¡Y yo!

Juan: ¿Tú?

Demonio: Claro. Gracias a que yo andaba por las calles te encargaste de esos jóvenes. He de reconocer que has sido un contrincante duro. Te he cogido cariño y te considero ya un amigo. Además, en cierta ocasión llegaste a decir que por los jóvenes harías lo que fuera. Incluso te harías amigo del Demonio. Ya lo ves... ¡amigos para siempre! (Juan ríe y le estrecha la mano)

Dios: Bueno... y ahora te queda la última parte del acertijo.

Juan: Uff... verdad, esta sí que es difícil (Lee) «Y un Amigo para quererlos a todos» Vamos a ver, del oratorio de los días de fiesta pasé a hacer, con ayuda de muchos amigos que se quedaban conmigo y con tu ayuda... ¡Y con tu ayuda! Ya está, tú has estado presente toda mi vida. Tú has sido el amigo que me ayudó a quererlo a todos. (Vuelve a leer) «Y un Amigo para quererlos a todos»

Demonio: Sí señor, je je... El Señor de los Amigos... En fin. Me voy que como siga a qui me voy a volver un buenazo y perderé mi buena fama. Ale, que lo paséis bien, ya nos veremos. (Se va)

Dios: La que liamos con aquel sueño que tuviste a los nueve años ¿eh?

Juan: Pues sí, aquel mendigo me ayudó mucho. El caso es que no lo he vuelto a ver. (Al público) ¡¡Ey, gente!! ¿Habéis visto vosotros al mendigo alguna vez?

Dios: Bueno, deja a esta gente tranquila y volvamos a lo nuestro. ¿Qué hacemos con los jóvenes que tenemos en el cielo? Porque no podemos seguir rompiendo cristales.

Juan: Con todo respeto, Dios, Tú haz lo que quieras, pero a mí me parece que el cielo sería muy aburrido sin esos jóvenes jugando al fútbol. Sin ellos yo no me encontraría a gusto.

Dios: ¿Sabes qué te digo? Que tienes razón, vamos a jugar a fútbol.

(Se cierra el telón mientras suena la canción Don Bosco del musical Don Bosco, 1988).

Abel y Fede, Logroño 31 de enero de 2003